

EL DIA

II O III - N° 1087
Sábado, Noviembre 11 de 1934



Plazaleta Comenator, desde la Pergola (anterior)
Foto J. Caruso



EL VIEJO VIZCACHA. ESCULTURA de Zorrilla de San Martín, sobre la Avenida España, acceso al balneario.



EL PESCADOR DE TERRAYA, MONUMENTO sobre la Plazoleta Trouville. Al fondo la farola de Punta Carreta.



VISTA DE LA RAMBLA DE POCITOS, tomada desde la Pérgola.





PANORAMICA DE LA PLAYA
 del balneario, tomada desde una
 altura. La fotografía es reciente,
 cuando instalando ese día el servicio
 de garitas.

POCITOS

VISTA DE LA PLAYA DE POCI-
 tos, la nueva prolongación de la
 Estación Carrasco. Obsérvese que
 en la arena los primeros ba-
 ñistas de la incipiente temporada vera-
 niega.



DESDE EL OMBU LEGENDARIO DE
 la Avenida Brasil, otra de las bellas vías
 de comunicación con el balneario y la
 playa.



del río

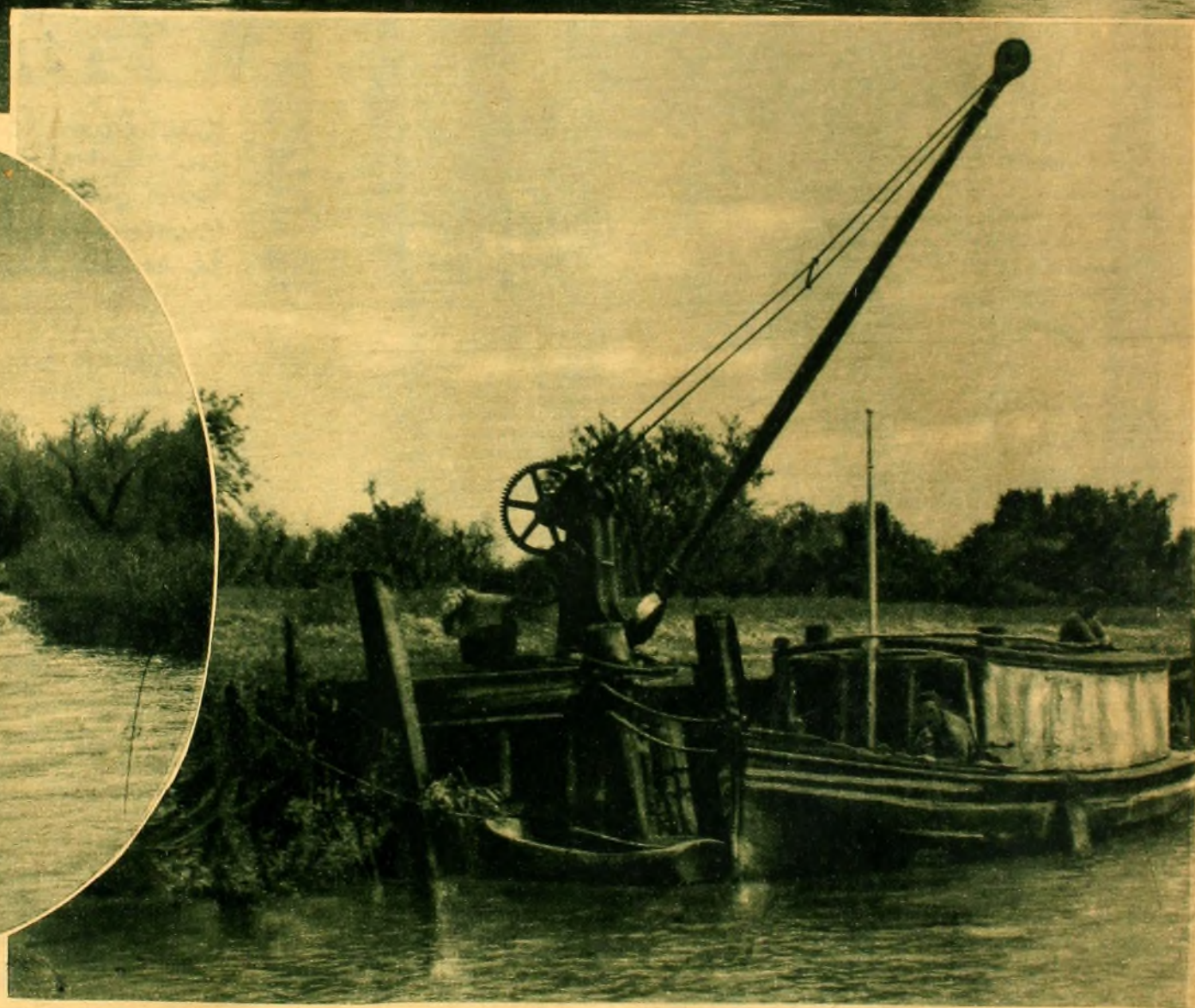


Santa Lucía



Panoramas del Río Santa Lucía, uno de los muy bellos lugares de excursión en las proximidades de Montevideo, con apacibles remansos y edénicas isletas,

paisajes admirables de los que las fotografías, - restadas las maravillas de luz y color, - no alcanzan a dar idea precisa de su magnífica visión.





Shirley Temple pequeña estrella de la Fox que interviene en el film "Seamos optimistas."

Cines

Gloria Stuart de la Universal.

Para conservar un cutis perfecto

Antiguamente sólo algunas mujeres privilegiadas podían emplear en su tocador ciertas fórmulas. Hoy, todas las mujeres del mundo pueden disfrutar de uno de aquellos famosos secretos: la glicerina de almendra que es de propiedades maravillosas para el cutis. En todas las farmacias pueden conseguirse ahora frascos económicos de 45 centésimos, legítimos como también los de mayor tamaño. La verdadera glicerina de almendra, que da tersura y rejuvenece el cutis no se vende jamás suelta.



Kathleen Burke conocida por su interpretación de la "Mujer fantasma" que bajo la dirección de Irving Cummings es una figura destacada en "La Ley del Talión".



Rodin



LA EDAD DE BRONCE



ADAN, (bronce)



Los burgueses de Calais

Fragmento del monumento levantado en la ciudad de Calais



DOLOR (bronce)

Don Juan Manuel Bonifaz

• Decano de los preceptores •

CUANDO en 1882, Daniel Muñoz visitó a Don Juan Manuel Bonifaz en la medio destartada pieza al fin de un corredor interminable y oscuro, donde más por excentricidad que por penuria económica el viejo director del Colegio Oriental había hecho su vivienda, contaba Bonifaz setenta y siete años de edad, pero a despecho de tan pesada carga conservábase aún ágil de memoria y de cuerpo.

En esos días, precisamente, debía inaugurarse en la estación Joaquín Suárez, del Ferrocarril a ando, un edificio donado por el rematador Francisco Piria para asiento de la escuela de primer grado N.º 23, de Canelones, que se denominaría Escuela Juan Manuel Bonifaz.

En el frente de la casa, suficientemente amplia y bien iluminada, una chapa de mármol mostraba su denominación.

No sé si todavía subsiste allí la escuela o si conserva el nombre cuando menos.

Correspondió al maestro Bonifaz desde muchos años antes el número uno, cronológico, entre los maestros del país. Su título honorífico era —según se escribía y pronunciaba la palabra entonces: Decano de los preceptores de la República.

En sus últimos años, con medio siglo pasado de magisterio, calculaba Bonifaz haber enseñado a leer a no menos de diez mil niños y niñas, aquí en Montevideo, en Buenos Aires donde se estableció al llegar de Europa el año 30 y en Corrientes donde hubo de trasladarse por motivos de salud y casi pierde la vida víctima de un ataque de viruelas.

"El pobre buen viejo, dice Sansón Carrasco, llegaba al ocaso de la vida sin ver a su alrededor más que caras que le sonreían y brazos abiertos".

Alto, corpulento, de larga melena y campanuda voz, tenía algo de arquitectural y solemne que llevaba a pensar en un actor de teatro. Así resulta todavía, con su levita y su galera blanca, en ese retrato tan característico, sacado en la fotografía del Cerro en 1869...

* *

Vivia Don Juan Manuel Bonifaz en Montevideo desde el año '37.

Llegó a la capital sin ánimo de residencia, apenas por curiosidad de conocerla mientras encontraba un velero que lo llevara a La Habana, donde tenía un paciente rico.

Pensaba trasladarse de allí a Méjico, a casa de una marquesa que pertenecía a su familia, y así continuar corriendo mundo "lo que era entonces su sueño dorado".

Sin embargo, en Montevideo, a la vista del inmenso mar ni río, finó su deleitoso sueño de viajes y de trotamundos, tomando definitivamente la senda vocacional que ya lo hiciera en Argentina maestro de escuela.

Asociado a un amigo que conocía desde Buenos Aires, estableció Bonifaz el Colegio Oriental a principios de 1838.

Al poco tiempo el socio, dedicado a otras actividades lo dejó solo.

La primitiva casa de la escuela tenía el número 36 en la calle San Fernando, vulgo de los Judíos entonces, y rebautizada después, sucesivamente Cámaras y Juan Carlos Gómez.

En el número 97 de la misma calle estaba, en los últimos años del Sitio, el Colegio del Abate Paul, de Félix Semidei, donde Garibaldi fuera profesor de matemáticas.

Celebrada la Paz de Octubre, cambió

Bonifaz su centro de actividades pasando a residir en La Unión y estableciendo un nuevo colegio.

Allí fueron, en adelante, las solemnes funciones de exámenes gratas a Bonifaz que amaba lucir el adelanto de sus alumnos y la excelencia de los originales métodos pedagógicos de su invención, fundados en la aplicación de la forma rimada y cantada a las más áridas y diversas disciplinas.

Metrifica la gramática:

Debe llamarse pronombre toda palabra que pueda ponerse en lugar del nombre. Hay pronombres personales, posesivos, relativos, pronombres demostrativos y también indefinidos.

Metrifica la descripción del cuerpo humano en más de ciento cincuenta cuartetas del corte de éstas:

Como atalaya que eleva sus miradas hacia el cielo mi cabeza está asentada en lo más alto del cuerpo.

El hueso llamado fémur en cada muslo se encuentra; la tibia y el peroné se encuentran en cada pierna.

Metrifica las máximas morales, los dogmas católicos, y las reglas de higiene:

Masca muy bien la comida, y será bien digerida. Traga despacio el manjar si no te quieres ahogar.

En el colegio de la Unión se repite amplificadas si cabe, las exhibiciones exámenes de los días del Sitio, ante mesa integrada con personajes políticos militares, doctores, sacerdotes y poetas que brindan e improvisan sin tasa. Acuña de Figueroa, entregando un premio al morenito Mandiá, los acompaña de una quintilla:

Con grata satisfacción recibe ¡oh lindo negrito! el premio a tu aplicación y seas para la Nación ¡otro nuevo San Benito!

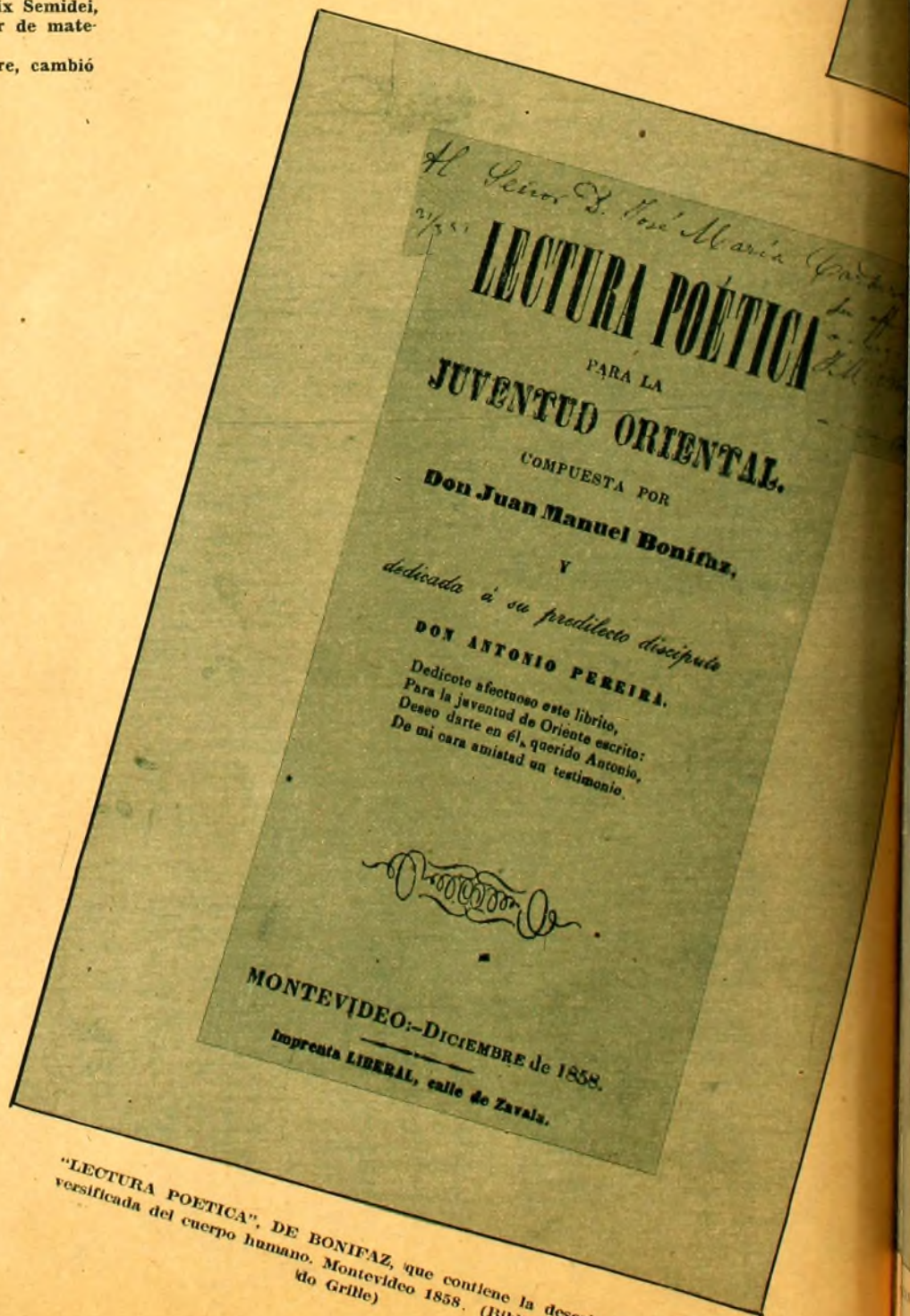
Y al niño Cáceres de cinco años que se desempeña admirablemente, le pregunta:

"ORTOGRAFIA CASTELLANA".

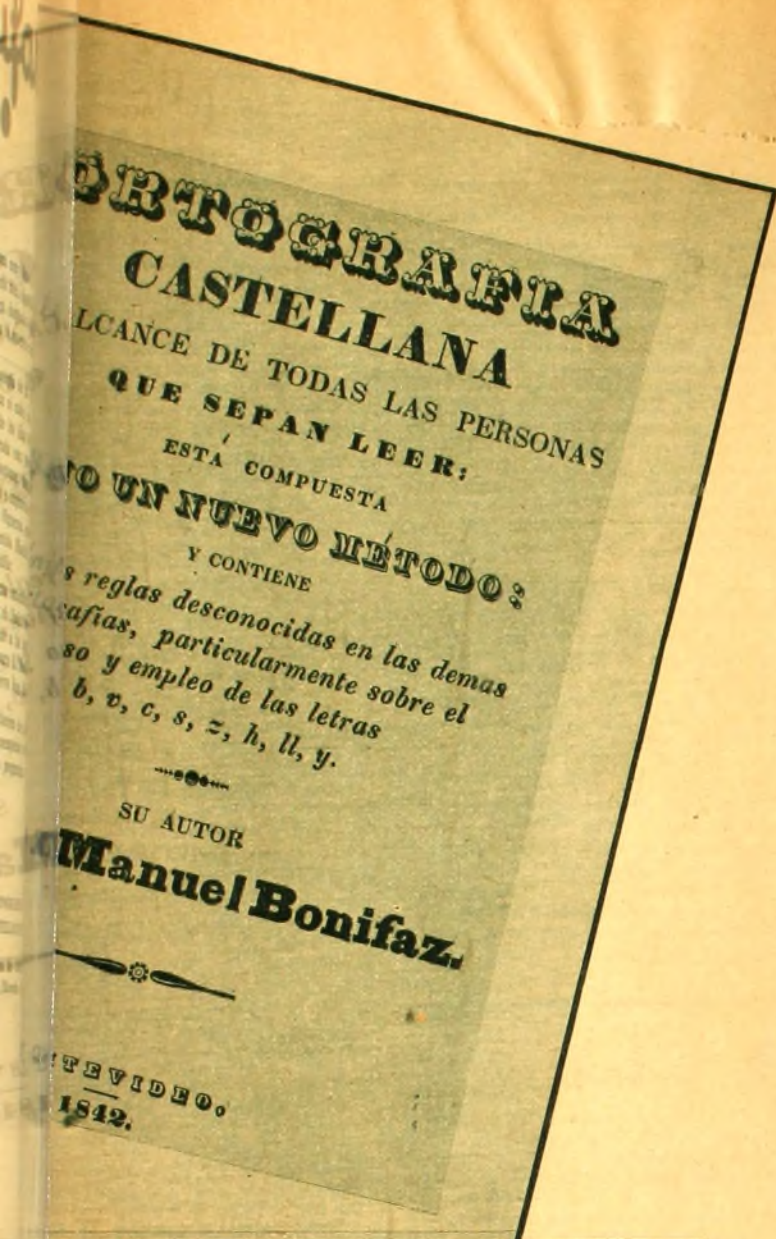
Edición de 1842. (Biblioteca Ricardo Grille)



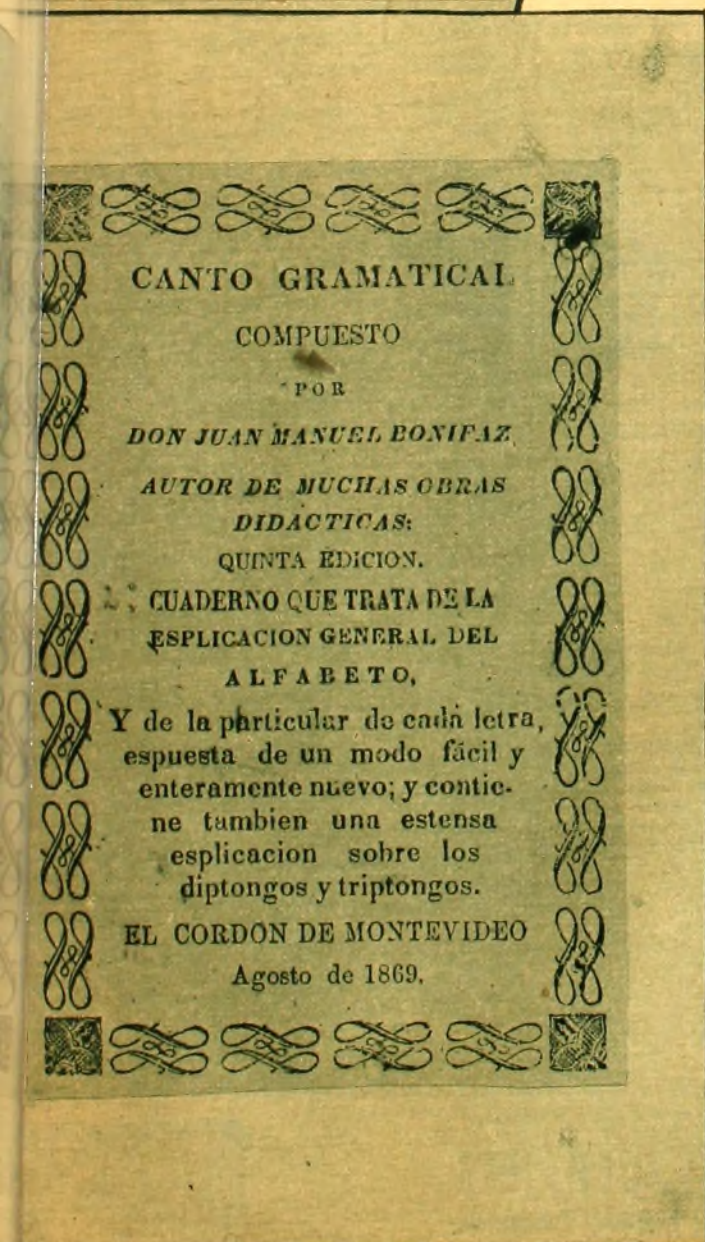
EL PRECEPTOR BONIFAZ, EN 1869. — Fotografía del Cerro, Montevideo. (Colección del autor)



"LECTURA POÉTICA", DE BONIFAZ, que contiene la descripción versificada del cuerpo humano. Montevideo 1858. (Biblioteca Ricardo Grille)



DON JUAN MANUEL BONIFAZ, PEDAGOGO Y GRAMATICO, A LOS 78 AÑOS DE EDAD. — Fotografía Fleury y Cía. Montevideo. (Colección del autor)



Tierna flor, que aroma exhalas
y cautivas mi cariño
di si realmente eres niño
o si eres ángel sin alas.
Viva y graciosa es tu faz;
tu boca es un pico de oro:
tú eres la gloria y decoro
del Colegio Bonifaz.

* *

Hay no obstante entre la multitud de iniciativas y ensayos pedagógicos del fecundo preceptor español, que forman una copiosa serie de publicaciones, ideas, nociones y atisbos adelantados a su época.

De su Método de lectura, dijo Sarmiento que era el último grado de perfección a que se había llegado hasta el día e nel arte de enseñar a leer.

Y a tales palabras, que transcribo de Orestes Araujo, añade éste:

"En dicho método se da una importancia capital a la fonética, hoy tan en boga, que Bonifaz explicaba del siguiente modo, verbigracia:

A este letra o signo (f)
Y a esta otra también (F)
Se les da el nombre de fé:
Cada una de ellas tiene
El sonido simple fff.

También cuenta entre las innovaciones más acreditadas ante el propio autor, una que sus escasos comentaristas han dejado en el olvido.

Me refiero a los signos ortográficos de su inventiva, que el Decano llamaba respectivamente anteironía e ironía y se colocaban al principio y al fin de una expresión para dar a entender "que en ella se siente lo contrario de lo que se dice".

Se representaban así:

u u

Glosando alrededor de su innovación declaraba Bonifaz que al introducir esa novedad en la ortografía castellana, lo movía el favorable concepto que ella había merecido de varias personas instruidas en la materia y —sobre todo— la certeza de que sería aceptada en el futuro.

Como fallaron por muchos años los cálculos optimistas del director del Colegio Oriental, lo ha probado el tiempo.

Y sin embargo el viejo Bonifaz, pasa-

ba, en su época, como poseedor de ciertas facultades ocultas que lo trasmutaban, por momentos, en una especie de vidente.

En la corona poética, laudatoria, que publicaron en 1883 los señores Biosca y Guerrero, antiguos discípulos suyos, se afirma que la vida de Don Juan Manuel podía dividirse en dos estados que contrastaban entre sí de un modo singular: el que llamaban estado de sencillez y el denominado estado de lucidez.

En el primero, Bonifaz "tenía la verdadera inocencia del niño, sin mentira ni ficción".

En el segundo era un hombre "que se perdía de vista en la altura de su perspicacia y penetración".

Entonces —en trance que podía decirse— oteaba en el futuro.

Anunció de este modo, según ellos, con anticipación, los dos derrumbes que ocurrieron en la obra de la iglesia del Cordón, la fiebre amarilla del 57, la peste que diezmó a Buenos Aires en 1871....

¿No sería, pienso, en ese su segundo estado "cuando se perdía de vista" que Bonifaz escribió lo de que sus nuevos signos ortográficos eran unos signos del porvenir?

¿Su mirada no penetraría hasta la época presente?

Un signo para dar a entender que la expresión escrita expresa lo contrario de lo que dice ¿no era por ventura un signo necesario, para saber a qué atenerse en este bochornoso momento de nuestra vida política?

¿Los signos de Bonifaz no son dignos de estar, por ejemplo, al principio y al fin de aquella frase histórica no quiero, ni deseo, ni busco la Dictadura?

Dr. Juan Manuel Saldaña

"CANTO GRAMATICAL", METODO PROPIO DE BONIFAZ, para enseñar a leer. Nótese el curioso detalle del pie.

EL CORDON DE MONTEVIDEO, AGOSTO DE 1869. En esa época Cordón se tenía por una localidad distinta de la capital. (Biblioteca Ricardo Grille)

ESPERANDO AL AUSENTE

Por EDUARDO ARANA

Las primeras luces del amanecer se habían desparramado por el monte. En los robles, rebrillaban las bellotas, que se tenían de luminosidad, y los pajarillos saltaban de rama en rama en aquella que bautizo de aurora. El sol, como un disco tido con el cristal de un reloj gigante, el sol colgaba del espacio. Un aserío asomaba la boina roja de su tejado prolongado, que llegaba casi hasta el suelo, por entre el ramaje de unos nogales seculares. Un hilillo de humo se acaracolaba en el azul de la mañana, y era que un hogar había encendido su corazón de paz en la amorosa preparación del desayuno.

Se abrió una puerta del caserío y un perro salió corriendo para perderse entre el lago de boronas verdes, que hacían ondas al impulso tenue de la brisa.

—¡Chacurra!...! ¡Chacurra!...! ¡Loma aqua!...! gritó un hombre que salió detrás del perro.

Y el perro, dócil, acudió a la llamada dando saltos de júbilo, como si también él participase del jolgorio de la mañana enamorada de sol.

El hombre encendió pausadamente un cigarrillo. Se echó las manos atrás y se perdió por los senderos de la huerta, contemplando con ojo capacitado la bondad de la cosecha. Se detuvo un momento en el lindero de la huerta, bajo las ramas del manzano, que se desplomaba al peso de la fruta madura. Colocó la mano a manera de visera para proteger los ojos del sol y miró largamente el manzano. Después, sin poderlo remediar, como si tuviese prisa por evitar un enternecimiento, sonrió un instante y en su mente se grabó, como una imagen de película, esta idea: "Las manzanitas están maduras. Cuando llegue el hijo ausente se alegrará de volver a ver aquel manzano, donde tanto creció de niño".

Y como si aquello hubiese sido una extraordinaria concesión a su sentimentalismo paternal, el aldeano adoptó nuevamente su fisonomía seria y grave y continuó su paseo por la huerta.

La mujer se levantó aquella mañana cantando. Estaba alegre, como los pájaros que le picoteaban el sembrado de borona. Estaba alegre, con una alegría firme y tierna a la vez. Veía con los ojos del corazón al hijo que volvía, al mutil que marchó a tierras lejanas, en busca codiciosa de bienestar material. ¡Cuántos años pasaron! ¡Cuántas Navidades sin el ausente, con ese silencio triste de los hogares huérfanos de un afecto! Los otros hijos allí estaban, pero su corazón de madre en aquellos días, señalados por la tradición para los afectos íntimos, se volvían hacia el ausente. Y a veces su alma se transportaba en delirios de madre y corría por sobre las montañas de la aldea y volaba por encima de las crestas agitadas de las olas, venciendo a aquel mar que se interponía entre ella y el hijo. ¡América, América...! ¿Dónde estaría aquella América que tan cruel se le hacía? Y las miradas de la madre se encontraban con las miradas del padre, y los dos se sabían dormidos en el mismo pensamiento, hasta que alguno de los otros hijos levantaba la vista del plato y les despertaba:

—¡Aíte! ¡Ama! ¡Algo "vos" pasa o qué?...!

Pero todo había pasado. Los años se fueron en un caminar incansante y por fin llegó aquel amanecer. ¡Qué feliz era la madre en aquel día! No era un día como todos los días. Era el día. Precisamente el día. No había otro. En aquel espacio entre el amanecer y la noche llegaría el hijo perdido en la ausencia. Y la madre creyó que aquella mañana era la más bella de todas las mañanas que conoció en su vida.

Salió del caserío dejando el desayuno preparándose al fuego. Llegó hasta el pafuelo de pimientos y eligió un puñado de los más hermosos.

—A Juan Antón ya le gustaban bien, ya—pensó.

Cuando entró en el caserío tropezó con el marido, que también volvía. Traía en la mano un atadito hecho con el moquero y quiso pasar sin que se advirtiera su presencia. Pero algo observó la mujer y le preguntó:



—¿A dónde te has ido?

—Como siempre... Un paseito "pa" mirar un poco la huerta y "hacer" ganas "palmorsar".

—¿Algo ya te trae tú en ese pafuelo? El marido creyó visiblemente turbado. Dio una chupada al cigarro, escupió y al fin se decidió a confesar, como si tuviese que hacerse perdonar aquello que él consideraba como demasiado sentimentalismo: —Bah...! Unos perrechicos, que he cogido ahí arriba. A Juan Antón ya me pienso que le gustarán.

El hombre que sintió frío

A las siete y media—exactamente las siete y veintiocho—se levantó de la cama don Crescencio. Bien mirado, esto no tiene ninguna importancia, pues venía haciendo lo mismo todas las mañanas de los últimos once años.

Y siguiendo su costumbre de todos los días, don Crescencio puso un especial cuidado en que fuese su pie derecho—un pie magníficamente adornado de voluminosos juanetes—el que primero se apoyase sobre la alfombrilla del suelo. Después, aunque verdaderamente no experimentaba ninguna necesidad de ello, don Crescencio bostezó lo más concienzudamente que le fue posible y estiró los brazos hasta casi desarticularlos, en una perfecta imitación de lo que él había oído siempre que acostumbraban a hacer las personas de buen gusto en trances semejantes.

Don Crescencio representaba unos cuarenta y siete años y cinco meses.

Su abdomen, había adquirido esa prominencia que se ha dado en llamar la curva de la felicidad y que no es sino un amontonamiento de grasa alrededor del paquete intestinal. Exceptuando que usaba unos calzoncillos largos de punto inglés, don Crescencio era un hombre vulgar, todo lo vulgar que puede ser la cédula personal número 374.821.

Don Crescencio se calzó y se puso los pantalones. Y en mangas de camiseta—una envidiable camiseta de trece setenta y cinco pesetas, también de punto inglés—levantó un poquito los visillos de su ventana y lanzó una astuta y silenciosa mirada—de las que tantas veces había leído en la novela policíaca—hacia el balcón que tenía enfrente. Después de unos momentos de cautelosa observación, que para sí querían más de cuatro miembros del servicio secreto de espionaje inglés, don Crescencio se hizo a sí mismo esta confidencia:

—Todo cerrado... Indudablemente, aun duerme.

Y satisfecho de ese descubrimiento, don Crescencio se lavó alegremente, se puso camisa limpia y se entretuvo unos minutos en hacer y deshacer el lazo de su corbata de pajarita.

Después, ya sin tomar precauciones, don Crescencio abrió ostentosamente su ventana, se acomodó y comenzó a leer la habitación de "El Ubano".

Por fin se abrió el balcón frontero y don Crescencio experimentó una ineludible necesidad de tragar saliva. Instin-

Y los dos entraron en el caserío, como si no desearan confesarse la emoción que les dominaba.

Llegó el mediodía. La mesa estaba servida ya, pero Juan Antón no aparecía. Al fin decidieron comer. Quizás a la tarde llegaría el hijo. Esos viajes largos... ¡Jesús! Nadie sabe cuándo se llega.

Después de comer, los hijos volvieron al trabajo y los padres quedaron en el largo balcón de madera que corría por entre las parras del muro. Desde allí se oteaba el camino lejano. Por entre los rúbses se veía la línea ondulante del sendero que se arrastraba como una serpiente gigantesca. Los dos viejos se miraban en silencio. Ella hacía calceta y él fumaba pipa tras pipa. De vez en vez sus ojos se encontraban y leían su mutua impaciencia. ¡Qué largas son las horas cuando el corazón aguarda!

Comenzó a atardecer. Las primeras palideces de las horas cayeron sobre el monte. A lo lejos rebrillaban los rúbses del ferrocarril. ¿Acaso no llegaría hoy? ¿Se habría retrasado?

El hombre se quitó la pipa de la boca; se levantó y miró fijamente el camino. En su rostro se dibujó un puntito de alegría:

—Por allí uno debe venir... ¿no?

La mujer clavó sus ojos en el camino. Sí, efectivamente, alguien venía por el sendero. Aún no se le distinguía bien, pero su instinto de madre reconoció en el que venía a su hijo.

Poco a poco se fué acercando. Traía una maleta en la mano y un gran fardo al hombro. Pero, no. Aquel no era Juan Antón.

tivamente se alisó el peinado y se llevó las manos a la coronata, a la vez que imitaba un gesto de indiferencia.

Una linda cabeza femenina se asomó sobre las macetas del balcón y una voz clara, de cristal, saludó a don Crescencio.

—¡Buenos días, vecino! Don Crescencio interpretó lamentablemente ese gesto ambiguo que suelen adoptar las personas sorprendidas, y se apresuró a sonreír:

—¡Felices, Lucita!

—¿Qué hacía usted ahí tan de mañana?



—Esperaba que amaneciese.

—¡Pero si está ya de día!—se asombró Lucita.

—No sé cómo dice usted eso si acaba de salir el sol.

—Muchas gracias—rió Lucita—. Cada día es usted más galante.

Y la risa de Lucita, cascabelera y limpia como la mañana, saltó del balcón a la ventana. Revoleó un momento en el oído de don Crescencio y después se perdió en el eco del patio.

Don Crescencio quedó profundamente asombrado cuando se percató de que, efectivamente, había pronunciado una galantería feliz. Y esforzándose en vencer su timidez de solterón, se animó a preguntar:

—¿No riega hoy los claveles?

—¡Ahora, enseguida!

Cuando llegó a la puerta del caserío estaban los dos viejos esperando.

—¿Es éste el caserío de Land...?

—preguntó el desconocido.

—Sí. Este es.

Y el que llegó habló. Había descendido en Santander e inmediatamente en el tren hasta Bilbao. De allí, al tren No había tenido tiempo ni de desahuciar Juan Antón, su compañero de Am... casi su hermano en aquella lucha con la adversidad, se lo había recomendado en el barco cuando aún estaba alta mar. "En cuanto llegues—le pidió visita a mis padres y llévales mis cariños".

—¿Pero cuándo va a venir Juan Antón?—preguntó la madre. El recién llegado no acertaba a responder. ¿Qué cuándo vendría Juan Antón? Venir, no vendría... En el barco se enfermó; una noche se agravó y le dio aquella recomendación: "Ve a verlos, llévales mis cosas". Y allí estaba su paje y la transferencia bancaria que presentaba los miles de pesetas de sus ahorros.

—¿Y él? Juan Antón... ¿qué? El padre y la madre se comían con los ojos al amigo del hijo. Tenían el pendiente de sus palabras. Sentían frío en el corazón, como si adivinasen que aquella postrera hora iba a derrumbar la ilusión de muchos años de espera. ¡El hijo...! Ver otra vez al hijo.

Y el hombre, que era mensajero de tristeza, abatió la cabeza como si no pudiese contener las miradas de aquellos padres, los que iba a herir de muerte, y en una baja rompió el silencio del atardecer: —¡Después de muerto lo arrojaron al mar!

—Pues no debía usted hacerlo.

—¿No?... ¿Por qué?

—Cuando se las riega, parece que floran las flores... Y está usted tan bella, que hoy llorarían de envidia.

Lucita volvió a conmover el aire de la mañana con su risa amplia, de pajarito joven, hasta que al fin dijo:

—Está usted muy ingenioso... ¡Casi no le conozco! ¡Ja, ja, ja!...

Y don Crescencio tuvo el amargo presentimiento de que si no bordeaba el ridículo, estaba haciendo un papel poco serio. Y se acordó de sus cuarenta y ocho años, de su teoría de que el buey suelto bien se lame, de sus compañeros de oficina, y de aquellos últimos meses en que despertaba cada día con la ilusión creciente de ver a su linda vecina, con sus veinte años de luz, iluminar el patio con sus canciones y su risa de cristal.

Se sintió viejo y tuvo un reproche para su adustez fingida, prurito de hombre serio, que le llevó a malograr su vida en una cobardía absurda, que muchos creían egoísmo, y al sentirse viejo, estéril de sentimientos, sintió también frío. Y pensó en su vida solitaria, de patrona en patrona, sin calor afectivo de hogar, y entonces comprendió que había equivocado la vida.

—¿En qué piensa, vecino?—preguntó Lucita interrumpiéndole sus pensamientos.

—Pensaba... que la vida es muy alegre.

—Sí, muy alegre... para volar. Eso, volar... Oh, qué contenta estoy...

—¿Por qué?

—Este verano me caso—contestó Lucita, como en soplo de aire.

Don Crescencio sonrió en un desbordamiento de bondad. Pero a la vez se sintió más ridículo en su carácter de solterón arrepentido.

Cuando cerró la ventana se creyó una caricatura de la vida. Se contempló unos instantes en el espejo; miró el nudo de su pajarita tan cuidadosamente igualado; su cabeza bien peinada, que comenzaba a platearse; se acordó de sus pies llenos de juanetes y de su camiseta de Punto inglés; se sintió grotesco, trágicamente grotesco, en aquella carencia de afectos.

Y al pisar la calle, camino de la oficina, hirió su amargura con una sonrisa, que resultó una mueca irónica y trató de recordar:

—¿Dónde he leído yo que el buey suelto bien se lame?

EDUARDO ARANA.



MODELO BAKOU

ROYAL modas

18 DE JULIO 1613
ENTRE PIEDAD Y MINAS

Los modelos que presenta la casa ROYAL son elegantes.



MODELO PANAM



• Sta. Aida Ariotti •



• Sta. Amalia Alvarez Mautone •



• Sta. Bertha Vitaró •

Son fotos por Frangella hnos.



Plano del Departamento de Lavalleja en el que están contenidos los datos más completos y recientes de esa hermosa región. Puede seguirse en este plano la trayectoria de las carreteras y caminos que forman la red vial del Departamento, y que han hecho de Lavalleja una zona ideal para turistas.



LA CALIDAD SUPREMA



POLVOS THIRION

En elegantes Cajas de bakelite.

colores:

Blanco, Rachel, ocre, natural, rosa, morado.

Repuestos en todos los colores.
Perfumes exquisitos.

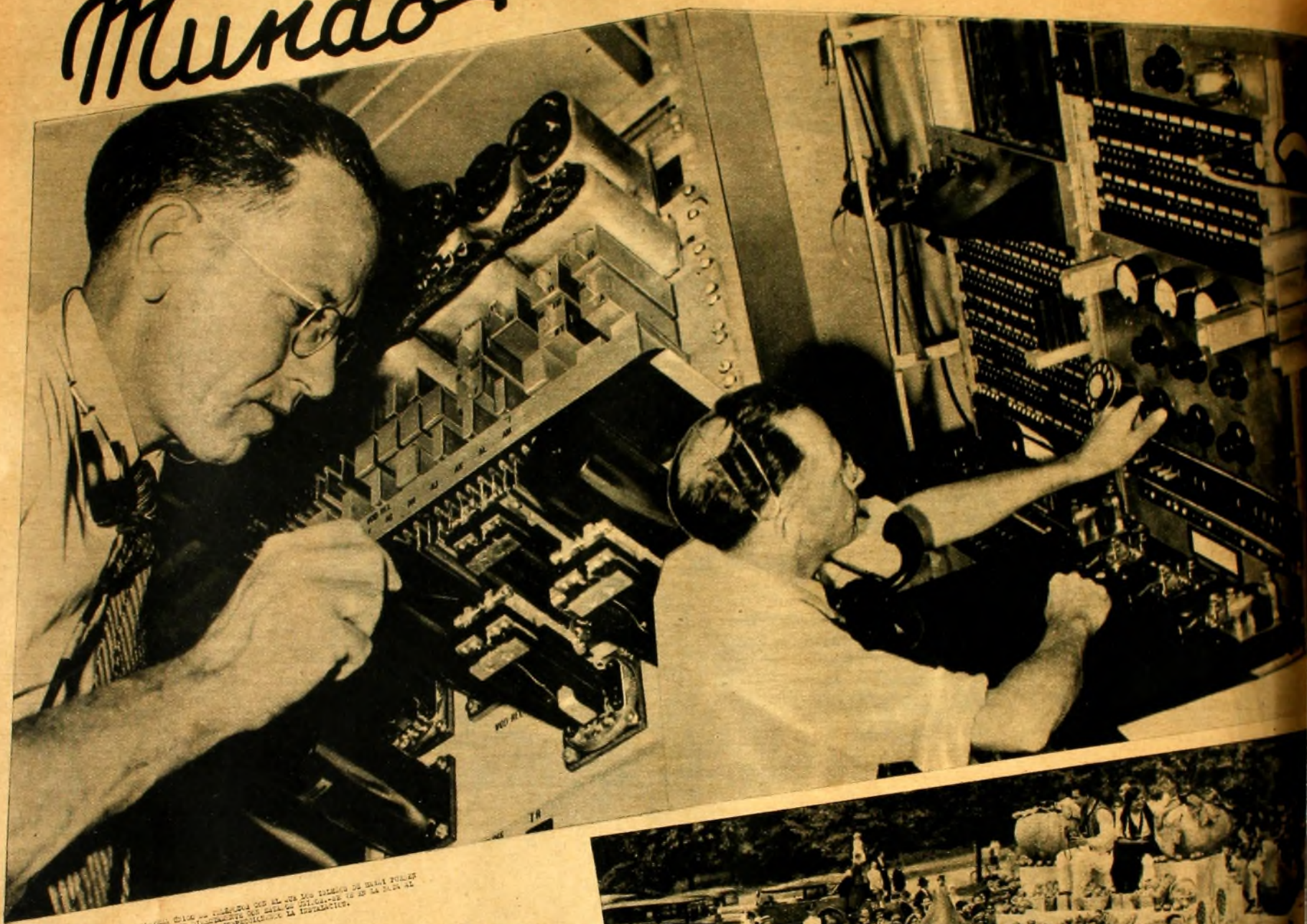
Sociales



Señorita: Chickita Rossi Sagarra •

Foto de la exposición de
Marchese a inaugurarse
el 15 del corriente •

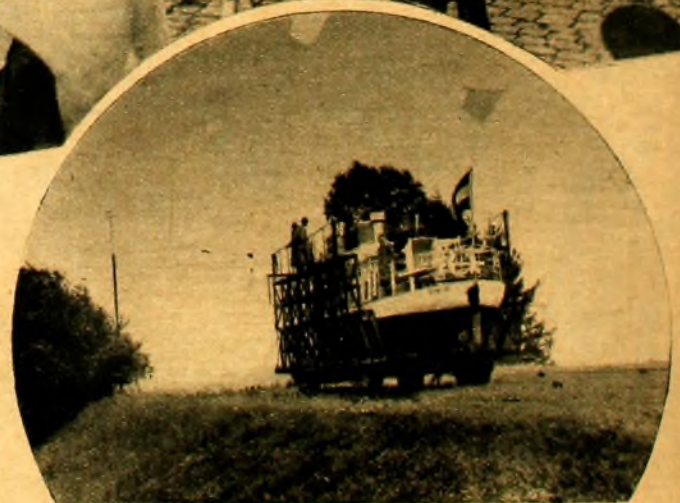
Mundo



Algunos de los operadores que al día de hoy manejan el tráfico aéreo en el aeropuerto de Santa Fe de Bogotá, Colombia.



En Bogotá se celebró el día de la familia y se dio un gran espectáculo en la plaza de la Constitución. Se dio un gran espectáculo en la plaza de la Constitución.



Para el día de la familia se dio un gran espectáculo en la plaza de la Constitución. Se dio un gran espectáculo en la plaza de la Constitución.

Para los débiles El tónico ideal

Tratando las yemas de huevo por un procedimiento especial se prepara un poderoso tónico conocido en todas las farmacias con el nombre de elixir Renovo. Este famoso remedio fortalece rápidamente todo el organismo de los niños y personas débiles o flacas. Es de gusto exquisito y cada copita representa el valor de muchas yemas de huevo. El elixir Renovo se halla en todas las farmacias.



HOMBRES DE CIENCIA JAPONESES, PE-
RIODISTAS Y CURIOSOS PRESENCIANDO
EN TOKIO LOS ENSAYOS DE UN NUEVO
AVION-COHETE, INVENTADO POR TSU-
NENDO OBARA



EL SABIO ALBERT EINSTEIN, HABLANDO
EN EL YESHIVA COLLEGE, DE NUEVA
YORK, EN EL ACTO CELEBRADO PARA RE-
CIBIR EL TITULO DE CATEDRATICO



UNA RECIENTE VISTA DEL PUERTO DE
MARSELLA, DONDE SE PRODUJO EL
ATENTADO QUE COSTO LA VIDA AL REY
DE YUGOSLAVIA Y AL MINISTRO DE
RELACIONES EXTERIORES DE FRANCIA,
M. BARTHOUD

KARDU MORNE, EN COMPANIA DE SU ES-
POSA, ESTA REALIZANDO UN VIAJE AL-
REDEDOR DE EUROPA TRIPULANDO UN
PEQUEÑO YATCH, EN BUSCA DE IMPRE-
SIONES PARA ESCRIBIR UN LIBRO

Para las canas

Hay un método francés de tres días, que está muy en boga en París. Consiste en aplicarse en casa tres días seguidos la manzanilla Verum como una loción. Entonces el cabello oscuro que todavía quede se aclara y toma un espléndido color rubio, quedando las canas perfectamente disimuladas. Así se evitan las tinturas, siempre dañosas.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



LA MANO DEL DESTINO



CUANDO EL BANDIDO LEVANTABA EL PUÑAL PARA HERIR A TARZAN, KAMUR LO EMBISTIÓ CON TODO SU PESO Y EL BANDIDO CAYÓ SOBRE SU PROPIO PUÑAL.



RÁPIDAMENTE EL HOMBRE MONO SE LEVANTÓ Y LIBERÓ A SUS AMIGOS, Y ATÓ E INMOVILIZÓ A LOS ARQUEROS ENEMIGOS CON SUS PROPIAS ATADURAS.

DESPUÉS, TARZAN Y KAMUR DESCENDIERON A LA CAVERNA DE LOS BANDIDOS. LA GRAN PUERTA DE PIEDRA ESTABA ENTREABIERTA, ESPERANDO LA VUELTA DE LOS ARQUEROS.



EN UN COMPARTIMENTO DE LA CUEVA, VIERON A LOS MALHECHORES DIVIRTIENDOSE DURANTE LA AUSENCIA DE SU TEMIBLE CABECILLA. RÁPIDAMENTE CERRARON LA PUERTA Y LA ASEGURARON CON LA ROBUSTA TRANCA.



AVANZARON EN SILENCIO, DOMINARON A LOS DOS CENTINELAS Y ARREBATARON A NIKOTRIS DEL CALABOZO.



NIKOTRIS Y KAMUR PARTIERON CON DIRECCIÓN A LOS ALBERGUES MONTAÑOSOS DE LOS IBEKOS, MIENTRAS QUE TARZAN MARCHABA HACIA LA CIUDAD PARA DEVOLVER A HOTEPI A SU ANGSTIA FAMILIA.

SI QUIERE BEBER BIEN, BEBA VINO

SAPELLI



AL OSCURECER, TARZAN LLEGÓ A LOS SUBURBIOS DE LA CAPITAL, EVITANDO LA BULLICIOSAS PUERTAS DE LA CIUDAD, PORQUE HOTEPI ERA UN FUGITIVO DEL SACRIFICIO HUMANO A MOLOCH.



CON EL MUCHACHO PRENDIDO A SU CINTURÓN EL HOMBRE MONO ESCALÓ LOS ALTOS MUROS.



DENTRO DE LA CIUDAD, ANDUVIERON POR LAS CALLES MAS OSCURAS, PERO AL LLEGAR CERCA DE LA CASA DE HOTEPI, FUERON VISTOS POR ESPÍAS.



LA MADRE DEL MUCHACHO LLORABA DE ALEGRIA AL VOLVERLO A VER, PERO SU FELICIDAD ESTABA EMPAÑADA POR LA SOMBRA DE SU DESTINO.



VALIENDOSE DE UNA PUERTA SECRETA LO OCULTÓ EN UNA CAMARA SUBTERRANEA, PERO.....



....AL DESAPARECER, LOS SOLDADOS INVADIERON LA PIEZA EXIGIENDO QUE HOTEPI LES FUERA ENTREGADO EN NOMBRE DE MOLOCH, QUE DEMANDABA IMPERIOSAMENTE VIDAS HUMANAS.